

En 1938 había hambruna en la ciudad. Los hombres estaban en el frente o escondidos como ratas. Las mujeres y los niños tenían que conseguir comida cada día, aunque fuera perdiendo la dignidad.

La guerra se estaba terminando y los aviones fascistas venían desde Mallorca para aplastar la moral de la población civil asesinando a civiles indefensos, por Dios y por España.

Un niño de seis años y su madre caminaban agotados mientras volvían a casa por el Paral·lel, regresaban del puerto. Apenas no habían conseguido nada para comer.

Se acercaba un tranvía abarrotado de gente.

Esa mañana los aviones ya estaban por encima de las cabezas de los barceloneses, pero las alarmas no habían sonado.

Alguien del Socorro Rojo vio caer la bomba y empujó a la mujer y al niño dentro de una taberna. Tocarón el suelo del establecimiento justo en el momento en que la bomba cayó y estalló de lleno en el tranvía atestado de personas.

Los cristales de la taberna salieron despedidos, como afilado granizo, clavándose en la carne humana que encontraron en su camino. El estruendo de la bomba enturbió completamente los oídos de los que estaban cerca.

Todo tembló y se agrietó.

El niño y su madre no supieron cuánto tiempo había transcurrido desde que aquel hombre del Socorro Rojo los había empujado. Se levantaron cubiertos de sangre, jirones de carne, pedazos de hueso y tripas. Aquella bomba había despanzurrado a todos los que viajaban en el tranvía y había repartido carne picada y sangre por todo su alrededor. La calle y los muros de las fachadas, maltratados por la metralla, estaban llenos de fluidos y miserables restos de lo que habían sido personas.

El niño y su madre salieron de la taberna.

Restos de intestinos colgaban de los hilos eléctricos como siniestros embutidos humanos. Por el suelo... aquí un brazo, media cabeza, vísceras.

—Cuidado, que resbala mucho —dijo la madre al niño mientras pedía perdón a los

pedazos por donde ponía los pies.

Entrañas.

Entrañas reventadas por una bomba sin entrañas, lanzadas por un miserable sin entrañas mandado por generales sin entrañas.

Tripas y corazones, hígados, sangre. Sangre roja y hedionda. La sangre huele y marea. También hieden las tripas, a excrementos que no han llegado a serlo.

Huele a carne asada.

Vista, olor, oído... Los sentidos siguen funcionando y comunican el cerebro el horror de la guerra.

Nadie descolgó los intestinos que colgaban de los cables eléctricos. Permanecieron colgados durante años, resecos y obscenos. El viento del mar los balanceaba. Los que no vivieron aquel bombardeo poco imaginaban qué era “aquello”, tal vez eran los mismos cables, que se habían pelado.

Recuerdo que mi padre tenía pesadillas al recordar aquel día.

—Era como poner un hígado en una prensa —me dijo una vez—, cuando las planchas de acero lo aplastan, la sangre sale despedida y mancha todo lo que hay alrededor.

Aquello no fue el fin del mundo. La Tierra sigue girando alrededor del Sol y sobre sí misma.

Pero siguen cayendo bombas sobre la población civil.